

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: itte aquí, vengo! –
Reflexiones acerca del adviento
(10 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1 (primer domingo de adviento)

Salmo 40:5-8; Juan 4:34

En muchos hogares una corona de adviento decora hoy, el primer domingo de adviento, la habitación. La primera vela se enciende. Esta vieja tradición se remonta a Johann H. Wichern*, quien en 1833 comenzó una obra entre jóvenes de los suburbios pobres de Hamburgo, llamada “casa rústica”. Su anhelo era poder transmitir ilustrativamente el amor de Dios a estos jóvenes traumatizados y abandonados. En el tiempo de adviento (cuatro semanas antes de Navidad) él los juntó diariamente para cantar y meditar con ellos acerca de las promesas de Dios que anunciaban su venida. En los días laborales se encendían velitas rojas y los domingos una vela blanca más grande. Así la corona de adviento original tenía 23 velas en sus candelabros y estaba apoyada sobre una rueda de madera.

También nosotros, en este tiempo de adviento, nos ocuparemos de las promesas del Antiguo Testamento. En el texto cabecera dice: “Entonces dije: He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:7,8).

Es posible interpretar estas palabras de David como una confesión personal de su entrega a Dios, cuyo reinado se describe en el libro de Deuteronomio 17:14-20.

Pero al mismo tiempo sus palabras también tienen carácter profético. Son una señal a aquel Hijo de David (comp. Jer. 23:5,6; Mt. 9:27) quien dijo de sí mismo: “las Escrituras dan testimonio de mí” (Jn. 5:39, 46).

Jesús estaba dispuesto a cumplir completamente la voluntad de su Padre. “Este conocimiento nos lleva a reconocer aquí el sacrificio obediente de Aquel que, por su obediencia, honró al Padre y nos salvó. Por lo tanto, la epístola a los hebreos entiende estos versículos como mesiánicos (He. 10:5-10)” (H. Brandenburg). Por amor a nosotros, Dios mandó a su Hijo. Y “El Hijo de Dios se hizo Hijo del hombre por amor a su Padre (Lc. 19:10), para que nosotros, los humanos, podamos llegar a ser hijos de Dios” (según C. S. Lewis; lea Jn. 3:16).

*Johann Hinrich Wichern (1808-1881) fue teólogo alemán, pedagogo social y reformador penitenciario. Se le considera el fundador de la Misión Interior.



Día 2 (segundo domingo de adviento)

Isaías 42:1-4

Hoy encendemos la segunda vela de la corona de adviento y volvemos a pensar en aquellos niños a los que Johann H. Wichern acogió en casa. Casi ninguno de los muchachos conocía su propio nombre o a sus padres. En la mayoría de los casos, los chicos llevaban los nombres de aquellos que los habían recogido, para que mendigaran para ellos, o juntaran harapos o para que robaran. Ninguno de ellos sabía leer ni escribir. En la “casa rústica” los jóvenes debían encontrar amparo y esperanza, por el apoyo humano y por el encuentro con el *Siervo de Dios*, al que Dios presenta por medio de Isaías.

Este nombre se usa en el Antiguo Testamento tanto para personas particulares que servían a Dios (por ejemplo: Neh. 10:29; Dn. 6:20), como también a todo el pueblo de Israel (Is. 41:8; 49:3). Pero una posición especial tiene *el* siervo de Dios, en el que Dios tiene contentamiento (comp. Mt. 3:17).

Su descripción es muy diferente de lo que cabría esperar de una personalidad con autoridad que se centra en las leyes y ordenes de Dios. ¿No debería castigar a todos los que desprecian los mandamientos de Dios y son tan poco fiables como una caña torcida? ¿No debería el elegido de Dios volverse contra aquellos que tienen una fe como una mecha quemada que sólo humea? Lo contrario es cierto: ¡El siervo de Dios es misericordioso! El intérprete Hellmuth Frey llama a su aparición “un modelo original de gracia”.

Jesús, el siervo de Dios, quiere consolar y levantar a los humillados y quebrantados (comp. Is. 57:14,15; 66:2). Su invitación tiene vigencia para cada uno de nosotros personalmente (lea Mt. 11:28).

Charles H. Spurgeon escribe: “Alguien dijo: ‘¡No voy a dar una pizca por ti!’ Era una palabra poco agradable, pero era verdad. Me he desplomado. Ningún sonido sale de mí; hay una fractura por la que todo el aire se escapa. Pero Jesús no quiere quebrarme. ¡Oh, Señor misericordioso, me refugio bajo tu protección!”



Día 3 (tercer domingo de adviento)

Zacarías 9:9; Mateo 21:1-9

Una tercera vela está encendida. Las velas para los domingos originalmente eran *blancas*, una señal hacia la inocencia del Rey venidero. El profeta Zacarías lo llama justo. “Él es Justo, ... un ayudador; en hebreo se utiliza la forma pasiva: ‘uno, al que se le ayuda’. Este es Jesús de Nazaret. Al ayudador, Dios le ayuda a salir de la muerte. Aquí se habla de la muerte y de la resurrección de Jesucristo” (H. Krimmer).

Cada domingo nos recuerda la resurrección de nuestro Señor, quien estaba dispuesto a hacerse pequeño y pobre. En su amor Él no rehusó la muerte y por Él también nuestra vida puede llegar a ser pura y justa. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados (1.Jn. 4:10 NVI; comp. Is. 1:18b). Las velitas rojas, de los días laborales en la primera corona de adviento, hablan de este amor.

Zacarías exhorta: “¡Alégrate mucho, ... da voces de júbilo!” Cuando Johann H. Wichern con los niños y jóvenes leía las palabras de Dios y cantaba con ellos canciones de adviento, bajo la iluminada corona de adviento, experimentaba muy diferentes reacciones. Repetidas veces uno de los jóvenes comenzaba a llorar. “Una y otra vez tenemos que recordar los tiempos pasados”, explicaban, “por eso casi no podemos soportar el cantar”.

Por primera vez experimentaban amor y aceptación, y escuchaban acerca del poder y del perdón de Dios. Con todo el dolor que los unía con esta inusual y hermosa experiencia, amaban las canciones y sus melodías. A veces se tomaban de los brazos y pasaban por el jardín o subían a algún árbol, cantando las aprendidas canciones.

También nosotros podemos cantar y alabar a Dios por su incomparable amor hacia nosotros.



Día 4

Isaías 9:6,7

Todo descansa sobre su hombro

Es un tiempo oscuro al que Isaías tiene que anunciar su mensaje (Is. 5:30) Tanto el reino del norte de Israel, como también el del sur, están sigiendo obstinados por sus falsos y caprichosos caminos. Esta falta de agradecimiento y la desobediencia les traerá tremendas consecuencias (Is. 8:11,15).

Pero Isaías debe anunciar algo mayor que solo juicio: “Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia (la tierra), ... el pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz” (Is. 9:1a,2). Esta luz viene en forma de un niño. Las palabras de Isaías 9 se parecen a un señorial anuncio de nacimiento: “¡Tenemos un hijo! Este, en el futuro tomará la responsabilidad de gobierno”. Lo que Isaías puede predecir como aliento para el pueblo, sin poder captar él mismo el total de las dimensiones, lo vemos sobremanera cumplido por los informes del Nuevo Testamento. Este niño, este Hijo ¡es Jesús! Y ¡sobre sus hombros descansa el gobierno!

Se conoce el dicho: “sobre sus hombros descansa la mayor carga“. Se trata de la disposición de tomar responsabilidad. Nuestro Señor Jesucristo es el gobernante autorizado por Dios, dispuesto a quitar cargas y llevar responsabilidad (comp. Ez. 34:16; Lc. 19:10; Mt. 11:28). Dios puso a Cristo “a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies” (Ef. 1:20b-22a).

Jesús gobierna. Él nunca está sobre exigido, ni por los acontecimientos actuales del mundo, que me inquietan, ni por las cargas de mi vida personal. El tiempo de adviento me hace recordar: Tengo un Señor grande y todopoderoso (lea Mt. 28:18; comp. Mt. 11:27a).



Día 5

Isaías 9:6b; Jeremías 32:18b,19

Consejero admirable

El anunciado gobernante se lo describe con cuatro* nombres. Son nombres de honor, cuyo significado es enorme. Lo especial se basa en que cada una de las descripciones señala la manera de ser de Dios, pero aquí se las transcribe al “Hijo”. Jesús lo afirma: “Yo y el Padre uno somos” (Jn. 10:30; comp. Jn. 14:7a,9b). Miremos el primer nombre *consejero admirable* relacionado con dos testimonios del Antiguo Testamento:

- El Señor “ha hecho maravilloso su consejo y grande su sabiduría” (Is. 28:29). Los consejos de Dios los debemos considerar en primer lugar en su contexto general. En este se trata del pecado del hombre, del juicio de Dios y de la gracia. En su misericordia Dios planeó la salvación de sus hombres ya antes de la creación del mundo. La resolución se hizo en acuerdo con Cristo y se realizó finalmente por Él (Ef. 1:9-12). Nadie puede impedir al Señor realizar sus planes. Él es fiel y verdadero (comp. Is. 14:27; 25:1).

- “Bendeciré a Jehová que me aconseja” (Sal. 16:7a). Nosotros podemos experimentar, igual que David, que Dios da consejo y como buen pastor guía según su sabio consejo (lea Sal. 23:3; 73:24; Jn. 10:27,28). “Ser aconsejado por Dios significa: me mostrarás la senda de la vida (Sal. 16:11)” (D. Schneider).

En su palabra Dios nos comunica sus buenas ordenanzas para la vida, nos muestra cómo podemos alcanzar la meta de nuestra vida. A veces estamos más centrados a recibir respuestas concretas en muchas decisiones diarias, en vez de pasar tiempo con Él. El rey David reconocía este peligro y oraba: “Gúardame, oh Dios, porque en ti he confiado. Oh alma mía, dijiste a Jehová: tú eres mi Señor; no hay para mí bien fuera de ti” (Sal. 16:1,2).

*En algunas traducciones se mencionan los nombres “Admirable” y “Consejero” por separado.



Día 6

Isaías 9:6b; 11:2

Dios fuerte

El *Hijo*, en cuya llegada pensamos, entra al mundo como niño impotente y al mismo tiempo es ¡Dios – fuerte y poderoso! El poder de Dios se hace visible ya al comienzo de los sucesos de la creación (lea Sal. 24:1,2,8). Isaías realza o subraya su poder y soberanía haciendo una mirada al cielo nocturno. Lo que otros pueblos, como por ejemplo los babilonios, adoraban como dioses, para el Dios viviente es un ejército de estrellas, que Él ha creado, que Él cuenta y llama por nombre (Is. 40:26). Está a su disposición.

La estrella de Belén es un ejemplo, de que toda la creación le sirve a Él (Mt. 2:2). El anunciado *admirable consejero* y *Dios fuerte* tiene parte con este poder creativo. Nos admiramos, que hombres que pertenecen a este Dios soberano, puedan decir acerca de su pequeña vida con sus aspectos diarios: “El Señor es mi fortaleza” (Sal. 28:7; comp. Is. 12:2; Jer. 16:19). A este poder divino lo podemos experimentar de diferentes maneras:

- Hay situaciones en las que Dios otorga a sus siervos tal fuerza para que puedan enfrentar fortalecidos sus exigencias. David testifica: “Me ceñiste de fuerzas para la pelea” (2.S. 22:40; comp. Sal. 68:35b).

- Por el otro lado muchas veces Dios exige a sus seguidores que aguanten debilidades, para que no caigan en el error, en el que podrían dominar las cosas solos. *Su* poder debe manifestarse visiblemente (lea Jue. 7:2-7; 2.Cr. 14:11; 2.Co. 4:7-10).

- Dios protege y bendice a sus hijos fortaleciéndolos y arraigándolos en el sentido espiritual. Él quiere prepararnos para su eterna gloria (lea 1.P. 5:10).

“Señor, tú eres mi fortaleza y mi alabanza día a día, la eficacia por la que puedo hacer muchas cosas. ... Tú realizas grandes cosas, tu brazo no se cansa, tu cercanía trae gozo, y da luz a mi corazón”.

(canción de la casa central de Aidlingen)



Día 7

Isaías 9:6b; 63:16

Padre eterno

Este nombre de honor lleva en sí dos conceptos especiales: ¡padre y eternidad! En el sentido literal hablamos de paternidad cuando alguien engendra descendientes. La tarea de un padre es el cuidado y la educación.

En la Biblia se habla de personas de liderazgo, como profetas, príncipes o reyes, como un padre, en un sentido más amplio para describir su rol especial de responsabilidad (lea 2.R. 2:12;; 1.S. 24:11; comp. Gn. 41:43). Dios es tanto “el Progenitor”, “el Creador” de su pueblo, como también su Rey y Señor (lea Dt. 32:6; Is. 43:15).

Jesús explica a sus discípulos: “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (lea Jn. 14:7-10). Entonces como el esperado “Rey de los judíos” (Mt. 2:2; 27:11), Él también comparte la posición paternal de Dios frente a su pueblo y de su reinado eterno (Sal. 93:1,2).

Además se nota en la definición del nombre del anunciado gobernante, que no se trata solo de un *Padre eterno*. Él es al mismo tiempo también el *Padre de la eternidad*. En otras palabras: Él es el “progenitor” y el “autor del futuro”. En la carta a los hebreos encontramos aprobada esta declaración respecto a Jesús: “y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (He. 5:9). Porque Jesús murió y resucitó por amor a nosotros, podemos gozarnos en esta certeza de estar junto con Él en la eternidad.

Vivimos en un mundo donde continuamente debemos despedirnos: de personas queridas y tareas apreciadas o de lugares y de circunstancias conocidas con las que estamos familiarizados. ¡Qué bueno, que podamos encontrar consuelo y nuevas perspectivas con nuestro Señor, el *Padre de la eternidad*. “Él no lleva solo este nombre como dueño de la eternidad, ... sino Él es eternamente el cariñoso, fiel y sabio educador, cuidador y tutor de los suyos. Él es el Padre eterno como un Rey eterno y amoroso, según lo describe el Salmo 72” (F. Delitzsch).



Día 8

Isaías 9,6b; Apocalipsis 1:4

Príncipe de paz

El prometido Redentor establecerá un reino de paz, que abarcará mucho más que la sola ausencia de guerra (comp. Is. 11:5-12; Mi. 4:1-5). Debido a que Jesús no cumplió la expectativa del Mesías en su primera venida, muchos judíos dudaban de su misión (Jn. 1:11). Hasta hoy es motivo de gratitud y alegría cuando alguien es iluminado y reconoce, como Pedro, que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y el Salvador del mundo (Mt. 16:15-17).

Jesús se entregó voluntariamente a la discordia y a los ataques de este mundo, para abolir una muy diferente situación de guerra: la enemistad entre Dios y el hombre. Por Él está vigente: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; ... Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Ro. 5:1,10; comp. Is. 53:5).

En esta paz estamos amparados (Is. 54:10) y la necesitamos; también la comunión con el *Príncipe de paz*, para poder vivir en paz con los demás. ¡Cuánta disputa y postura irreconciliable existen aún entre nosotros los cristianos! ¿Cuáles pasos debería dar yo hacia otro, especialmente en este tiempo de adviento? ¿De qué manera debería abrir mi corazón, para que Jesús pueda trazar en mí su camino?

Tenemos el privilegio de pronunciar unos a otros la paz y la bendición. El Espíritu Santo nos otorga el poder y la autoridad para esto. Pongamos el nombre de cada persona que nos trae aflicción, y oremos: “El Señor te bendiga,, y te guarde; el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti,, y tenga de ti misericordia; el Señor alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz” (Nm. 6:24-26; comp. 1.Co. 1:3; 1.Ts. 5:23).



Día 9

Isaías 9:7; Mateo 6:10a

Su reino viene

Isaías habla de la grandeza del gobierno que el venidero Hijo posee. La traducción de esta parte no es sencilla. Algunos comprenden esta expresión en el sentido de otro nombre de honor: “Multiplicador del reino”. En una traducción de la Biblia se puede leer: “el gobierno será cada vez mayor, y la paz será ilimitada sobre el trono de David”. Se nota que la profecía de Isaías se extiende aún más allá del reino de paz mesiánico. El apóstol Juan nos muestra el cumplimiento en el libro de Apocalipsis. Después del juicio del mundo, Dios creará una nueva tierra y un nuevo cielo, que permanecerán eternamente, habrá completa paz y justicia, no habrá sufrimiento ni lágrimas (lea Ap. 21:1-7).

De este reino del cielo habla Jesús en sus predicaciones (Mt. 4:23). Nadie lo puede atraer a la fuerza. Dios mismo lo traerá. “El celo de Jehová de los ejércitos hará esto” (Is. 9:7b). Dios persigue su meta con determinación por puro amor y fidelidad hacia su pueblo y hacia nosotros. Por eso nadie puede impedir el establecimiento de su reino. Cada uno está invitado a ser parte del reino de Dios. Este es el buen mensaje, con el que Jesús envía a sus discípulos (Lc. 9:2a). El que confía su vida a Jesús, puede decir con Pablo: “El cual (el Padre) nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Col. 1:13; comp. Jn. 1:12; 3:36a).

Este evangelio del reino tiene que ser predicado en todo el mundo (Mt. 24:14). “Dios sólo tiene un pensamiento, una voluntad, una meta: que todos lleguemos a Él” (H. Bezzel).

Por eso Jesús viene a nosotros. Por eso celebramos adviento y Navidad.

“¡Hosanna! Príncipe de paz, Rey honorario, Héroe en la batalla, todo lo que harás será nuestro botín de victoria. Tu diestra será exaltada, y tu reino será el único” (B. Schmolck).



Día 10 (cuarto domingo de adviento)

Isaías 7:14b; Mateo 1:18-23

La última y cuarta vela se enciende. Pronto es Navidad, la fiesta en la que celebramos y recordamos el nacimiento del Rey, del Cristo. María lo debía llamar Jesús: Dios salva. Con su venida Jesús cumple la señal anunciada por Isaías y recibe otro nombre de honor: Emanuel, Dios con nosotros. Cuando Jesús viene, viene Dios a nosotros. Cuando Jesús está con nosotros, entonces Dios está con nosotros. ¿Qué significa esto para nuestra vida diaria? *Dios con nosotros* testimonia el milagro:

• *¡Él es por nosotros!*

En realidad Dios debería estar en contra de nosotros, porque nuestro pecado nos separa de Él (Is. 59:1,2; comp. Ro. 3:11,12). El Crucificado, como suplente, quita esta separación para nosotros. Somos bienvenidos para con Dios, tenemos “derecho de casa” con Él (Jn. 14:1-6).

Johann H. Wichern sorprendió a los jóvenes al recibirlos en la “casa rústica”, con las palabras: “mi querido hijo, ¡todo te está perdonado! No hables de tus faltas pasadas con nadie, excepto conmigo. Tú estás completamente libre. Mira alrededor tuyo, aquí no hay muros ni cerrojos. Pero aquí tenemos una poderosa cadena. Con ésta te atamos. Ella es muy fuerte, tú no la puedes romper nunca. Esta cadena se llama: amor”. Así los jóvenes experimentaron personalmente lo que significa que el otro no es su enemigo, sino su amigo y sustentador, su padre. Para varios de ellos esta experiencia llegó a ser un puente a la confianza en el Padre celestial (lea Ro. 8:31,32).

• *¡Él está con nosotros!*

“Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Jn. 1:14a). Tan cerca vino Dios en su Hijo hacia nosotros, que lo podíamos tocar. Antes que Él dejara la tierra, prometió a sus discípulos no dejarlos como huérfanos, sino les daría a su Espíritu (Jn. 14:16-18). Esta promesa se ha cumplido y podemos saber: “Yo estoy con vosotros todos los días” (Mt. 28:20b).


